

implantación de la sociedad socialista; pero no por ello el socialismo es una utopía.

No hay, pues, que declararse vencidos sino cuando se demuestre que lo que es congénito al hombre es el sentimiento de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio (1).

(1) No recuerdo en qué libro expone Bain que toda tentativa de transformar cualquier institución ha sido mirada en un principio como el propósito de destruirla.



CAPÍTULO II

La paradoja de la igualdad.

A primera vista parece que los adversarios del socialismo tienen razón para combatirle cuando le acusan de inconsistencia práctica por afirmar que realizará la igualdad humana.

Hasta la aparición del socialismo científico, el concepto de igualdad mostrábase bajo cierto aspecto metafísico y sentimental, que rechazan hoy los que fundamentalmente confían en que sucesivas transformaciones sociales bastarán para realizar y mantener ese principio.

Sólo á primera vista puede creerse que los adversarios del socialismo están en lo cierto al formular esa objeción, pues al cabo de tantos años de socialismo científico y de la propaganda que del mismo viene haciéndose, hablar aún de igualdad en el sentido

viejo del vocablo, equivale á negarse á estudiar una doctrina para poderla combatir á placer, ó acusa, en los adversarios de buena fe, un efecto de su constante inercia mental.

Entre los que piensan que el socialismo quiere establecer una igualdad—mejor sería decir una identidad—monótona, incivil, entre todos los hombres, hay personas estudiosas las cuales suelen desconocer el verdadero significado que los socialistas conscientes atribuyen á la igualdad que desean é intentan instaurar.

La desigualdad—se dice comúnmente—es ley natural, tanto para las personas como para las cosas, y de la inteligencia de un Volta ó de un Newton al cerebro atrofiado de un pobre idiota; de la musculatura potente de un Milon á la débil organización de un infeliz raquítico; de la hermosura de la Venus de Canova á la deformidad de la bosquimana; del sol espléndido á la luna que brilla con luz refleja; del diamante al guijarro; del golfo de Nápoles á la estepa siberiana, etc., etc., media un abismo; la desigualdad se muestra irresistible y universal, y es, por tanto, un hecho fatal (1).

(1) Novicow, obra citada, página 496: «La igualdad es una quimera. No existe en la naturaleza. En el cielo existen astros gigantescos, como Sirio, á cuyo lado

Todo esto que se dice es muy cierto, sin que por ello la igualdad de los socialistas sea un imposible.

Lo que es un imposible manifiesto es la igualdad soñada por algunos, la cual sólo puede existir en el reino de la fantasmagoría.

Y es un imposible peligroso y bárbaro.

Peligroso, porque induce á una ambición incesante, imposible de satisfacer, cualquiera que sean los progresos obtenidos en una mejor organización humana; y bárbaro, porque exalta á los peores en perjuicio de los mejores. Por esto el imbécil, el ineducado, cree tener los mismos derechos que el hombre de ingenio, de espíritu culto y de carácter delicado, y el vulgo, que es la mayoría, intenta imponer á los mejores una nivelación incivil.

nuestro sol es un pigmeo; y hay también cuerpos celestes no mayores que un puño.

»Junto á animales como la ballena viven microbios del tamaño de la diezmilésima parte de un milímetro. La igualdad no existe tampoco, ni en la salud ni en la estatura. Sabido es, dice Richet (*Revue scientifique*, 25 Mayo 1889, pág. 647), que los animales sometidos á la inacción enflaquecen. Esto es científicamente exacto. Las grasas disminuyen en ellos en un 100 por 100 y los músculos en un 50 por 100. Pero el peso del cerebro de los animales muertos de inacción no disminuye de modo sensible...»

Cualquiera que sea el organismo social que haya de sustituir al organismo monstruoso que hoy nos oprime, jamás podrá evitarse que un fuerte golpe en la cabeza produzca una desigualdad intelectual ó moral entre el que lo sufre y los demás hombres, ni que el concebido bajo la influencia del alcoholismo se desarrolle con el germen de la epilepsia ó de la locura moral.

Los hombres que vivan dentro de algunos siglos, aun cuando entonces impere en el mundo un régimen económico y político en un todo diferente al actual, no podrán ser igualmente apasionados, ni tener el mismo temperamento artístico, ni la misma capacidad intelectual, ni idéntica inclinación al trabajo, ya nazcan en Rusia ó en Sajonia, en Sicilia ó en la isla de la Madera.

La desigualdad natural subsistirá siempre y será beneficiosa.

Y permaneciendo la desigualdad de hecho, deberá permanecer, y será justa, la desigualdad de derecho, de concepto y de estimación públicos (1).

(1) La igualdad jurídica sin la igualdad económica es la desigualdad por excelencia, porque ninguna puede haber mayor, según un principio matemático, que aplicar leyes iguales á individuos desiguales. (Véase Menger: *El derecho civil y los pobres*.)

Tanto en el porvenir como en el presente, el hombre que deleite á sus contemporáneos con la música, como Verdi en nuestra época, será digno de mayor consideración pública y de mayores honores que el humilde flautista callejero.

Pero si la igualdad, tal como la entienden los románticos y como pretenden con sus objeciones que la entendamos nosotros, es imposible, y sería además inícuo y estúpida, existe otra igualdad que no es imposible y que será un hecho positivo, siendo una injusticia y una necedad el oponerse á ella.

Esta última es la igualdad de todos los hombres con relación á sus propias aptitudes, á sus propias capacidades, á la parte con que cada uno puede contribuir al bienestar y á la felicidad sociales.

Esa última igualdad es la que hoy se infringe de continuo á causa de la libérrima propiedad individual, del capitalismo, de la organización individualista, instituciones que crean el parasitismo sistemático de los unos á expensas de los otros, y que, por consecuencia, engendran la desigualdad entre una clase explotada y otra explotadora, el ocio irritante de los imbeciles y de los incapaces y el sobretrabajo

forzado de los que trabajan y producen.

La desigualdad que caracteriza á la actual constitución económica, es la que podemos impugnar y destruir.

Podemos impedir, con la unión de la clase esclavizada y vilipendiada, el vergonzoso espectáculo del hombre que vive lujosamente sin trabajar, sólo porque sus padres ó sus abuelos se enriquecieron mediante un continuo acaparamiento de riquezas, ó á causa de su sórdida avaricia, ó del azar, y hasta de su honrado trabajo, y el del hombre que vive esclavo del azadón, de la hoz ó del martillo para ganarse un alimento mezquino é inseguro, sólo porque sus padres ó sus abuelos no se vieron favorecidos por la fortuna, ó no practicaron la brutal acumulación de las cosas, ó no se lucraron con lo que á sus semejantes pertenecía, y aun porque disiparon todo su haber en vicios.

Con la máxima del nuevo evangelio que dice: «quien no trabaja no come», y mediante la socialización de los medios de producción que imposibilitan la aglomeración fortuita ó inmoral de riquezas que al transmitirse por herencia determinan en los herederos una posición distinta á la que merecerían con arreglo á sus propias aptitudes, la injusta desigualdad que lamentamos será

un hecho imposible. No hay, por tanto, tal paradoja de la igualdad.

La desigualdad de la sociedad socialista no será en modo alguno una desigualdad brutal é intolerable; tendrá siempre por base necesaria una igualdad media en el bienestar, en la satisfacción de las primeras y más indispensables necesidades materiales, intelectuales y morales.

Entonces existirá también la desigualdad proveniente de la constitución ética, mental, física, estética, etc., etc., de cada individuo; pero no existirá la actual desigualdad entre el desgraciado sin vestido, ni comida, ni asilo, y el poderoso envuelto en ricas telas que les resguardan del frío, bien alimentado, bien alojado, sin que en ningún caso se tenga en cuenta el mérito que el uno tenga para tanta fortuna y la culpa que el otro haya para tanta adversidad.

El socialismo determinará, además, una disminución, aunque no inmediata, de muchas de las más ingratas desigualdades de orden físico, estético, moral, intelectual y otras.

Los efectos fisio-patológicos del ocio, unido á una sobrealimentación en unos casos y á una nutrición escasa en otros, producen diferencias físicas notables; sabido es que

las clases proletarias son físicamente, por regla general, más pequeñas y más débiles que las clases dominantes.

La falta de abrigo contra la intemperie; el escaso aseo personal; la monotonía y la mala calidad de los alimentos; la necesaria promiscuidad de los sexos en habitaciones reducidísimas; el abuso alcohólico, no atemperado por una adecuada resistencia nerviosa, hacen de los pobres una raza inferior, menos bella, de prematura decrepitud. Por el contrario, la excesiva cantidad de sustancias alimenticias; los vicios; la unión constante entre individuos de una misma posición por despreciables sentimientos de casta, y otras muchas razones, hacen de los ricos una segunda raza que se desarrolla paralelamente á la otra, pero con caracteres diversos, poco sana, torpe, degenerada.

Queremos, escribe acertadamente Nit-ti (1), «que las desigualdades humanas estén realmente determinadas por la naturaleza, por el ingenio, por el valor, y no

(1) *L'ora presente*, página 34 (Torino, 1893). En unas líneas anteriores observaba á este propósito el mismo autor que «... la nivelación de los hombres, si no atentara á las leyes de la naturaleza y fuese realizable, sería el sepulcro de la civilización...»

por azar, por el privilegio ó por la herencia».

«El socialismo—escribe Deville—busca la igualdad en los medios de desenvolvimiento y de acción, es decir, la igualdad en el punto de partida. Lo que no pretende en ningún caso es la igualdad en el camino, ni la igualdad en el punto de llegada. El socialismo, al garantizar á todos los hombres las mismas condiciones para que se eduquen y se desenvuelvan, lejos de realizar la uniformidad, facilitará y acentuará las desigualdades naturales, ya sean físicas ó intelectuales. Son de tal clase estas desigualdades, que, aun cuando fuera posible, el socialismo se guardaría mucho de eliminarlas, pues reconoce que constituyen una de las condiciones esenciales del perfeccionamiento de la especie» (1).

Los hombres nacen desiguales, escribía Joubert (2), y la gran obra de la sociedad es disminuir esta desigualdad en cuanto es

(1) CARLOS MARX: *El Capital*.—Resumen de G. Deville.

(2) DE LAVELEYE, *Le socialisme contemporain*: «La uniformidad de la igualdad que se atribuye al socialismo es una mentira y un absurdo. Aun siendo posible, sería irracional, estaría en contradicción con la naturaleza humana y habría que renunciar á que la sociedad se desenvolviese conforme á ese principio.»

posible, procurando á todos la seguridad, la propiedad necesaria, la educación y los auxilios precisos.

No aspira, pues, el socialismo á que todos los hombres tengan una nariz igualmente larga, una boca del mismo tamaño, un pelo de idéntico color, y otras igualdades estúpidas del mismo género, sino á colocar á todo hombre en una misma situación favorable, con relación á sus cualidades congénitas, para su desarrollo y aprovechamiento adecuados.

No porque la naturaleza sea desigual hemos de acentuar la desigualdad. El hecho de que una persona sea ciega, ¿es acaso un motivo para mutilarla nuevamente?

La igualdad proclamada por los socialistas es la igualdad de todos en un estado de bienestar material y moral que sea igual para todos, pero sólo en cuanto les garantiza una existencia material y moral, humana.

Así, la igualdad en la salud no significa que todos tengan el mismo grado de vitalidad, de resistencia á las enfermedades, etcétera, sino que todos estén sanos; la igualdad en la inteligencia no quiere decir que todos tengan la misma potencia cerebral, sino que todos sean inteligentes; la igualdad económica no expresa que todos sean

igualmente ricos, sino que ninguno sea pobre. Y la palabra *todos* ha de entenderse en el sentido de referirse al tipo medio humano, al de la mayoría de los asociados.

La igualdad de los socialistas no es ciertamente un hecho más contrario á la naturaleza que la construcción de los grandes túneles de Ceniso y de Gottardo.

¡Pobres de nosotros si hubiésemos respetado y respetásemos siempre lo que ha existido y existe en la naturaleza!

La obra secular del hombre ha tendido siempre á modificar la naturaleza allí donde se mostraba inconciliable con las exigencias de la vida humana.

La naturaleza nos ha hecho desnudos, y estamos vestidos; la naturaleza nos ha dado la selva y los animales feroces, y hemos roturado aquélla y educado á éstos en su mayor parte; la naturaleza ha puesto la barreira del monte, y la hemos traspasado; ha establecido los istmos, y los hemos abierto.

El hecho de que el hombre, forzado por la necesidad de vivir, acomode la naturaleza á sus necesidades, no pasa de ser un fenómeno natural.

«Vemos — observaba Buckle (1) — que el

(1) BUCKLE: *L'incivilimento*.

hombre modifica á la naturaleza y que la naturaleza modifica al hombre, y en esta recíproca influencia deben tener necesariamente su causa todos los acontecimientos.»

Por lo mismo que contra las fuerzas de la naturaleza no nos oponemos con locas fantasías (1), consideramos ridícula la objeción de que una cosa debe considerarse inevitable porque existe en la naturaleza.

Pero es ridícula formulada de modo absoluto.

Relativamente tiene algo de verdad, según hemos expuesto en este capítulo, donde queda demostrado que la paradoja de la

(1) «El hombre no paraliza ni destruye—por arte mágico—las leyes de la naturaleza; pero la domina oponiendo unas contra otras. El hombre ha vencido á la naturaleza haciéndola combatir con ella misma. Si los ríos invaden los campos por la ley hidrodinámica de la expansión de los líquidos, el hombre construye diques y opone á esa ley la de la resistencia de los cuerpos sólidos; si los hombres se matan entre sí en la lucha por la existencia, hábito heredado de sus más remotos antepasados, ha equilibrado este impulso impresionando hondamente los cerebros con la idea y el recuerdo del castigo impuesto al homicidio, llegando á eliminar en casos extremos á los incorregibles...» GUILLERMO FERRERO: *La lotta per la vita e la questione sociale. Critica social*, 1891, página 281.

igualdad sólo es tal cuando se presenta en forma paradógica (1).

(1) El tema de la igualdad á que aspira el socialismo está extensamente tratado por Ferri en su libro *Socialismo y ciencia positiva* (traducción española de José Verdes Montenegro, pág. 15). En pro de la necesidad de contener mediante la transformación económica las desigualdades sociales, se pronunciaba ya Muratori cuando escribía: «... las desigualdades económicas no pueden reducirse ni suprimirse sin disminuir todo cuanto sea posible la irritante desigualdad en las condiciones de los bienes disfrutados por algunos individuos...» E. MASÉ-DARI: *L. A. Muratori come economista*, página 26 (Bologna, 1898).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925-MONTERREY, MEXICO

21720